

Escritura y lectura en "La palabra escrita" de Octavio Paz

LAURO ZAVALA

Universidad Autónoma Metropolitana

"La palabra escrita" pertenece a la sección "Días hábiles" del libro *Salamandra*, en el que se reúnen los poemas producidos por O. Paz entre 1958 y 1961. El título que agrupa a los poemas de esta sección parece aludir a la cotidianidad misma del quehacer poético; así, por ejemplo, los dos poemas anteriores a "La palabra escrita" llevan como título el nombre de sendos poetas, José Juan Tablada y Luis Cernuda. El poema que aquí se comenta va seguido de "La palabra dicha", con el cual existe una continuidad natural (una vez escrita, la palabra puede ser leída en voz alta: dicha).

La lectura, pues, debe comenzar por el título, donde el empleo de un artículo definido le otorga un valor genérico y permite establecer un paralelismo con el título del poema que se encuentra en la página siguiente, "La palabra dicha".

Sin embargo, al confrontar ambos poemas resulta evidente la fragmentación del segundo, pues cada una de sus siete estrofas tiene una estructura diferenciada, además de guardarse entre ellas la separación convencional, mientras que cada uno de los seis segmentos de "La palabra escrita" conserva básicamente la misma estructura.

En "La palabra dicha" los primeros 16 versos aluden a la transición del silencio de la palabra escrita a su "elevación" al ser leída en voz alta ("dicha"), mientras que los siguientes versos del poema, con excepción de los dos últimos, están contruidos atendiendo, en parte, a la sonoridad que producen al

ser pronunciados; ello provoca el empleo de homofonías, repeticiones, consonancias y retruécanos, ausentes en "La palabra escrita".

Así, desde el título de "La palabra escrita" podemos esperar una reflexión sobre la naturaleza de la expresión poética escrita y su materialidad. Esta materialidad —la de la escritura y la de su lectura— es, en todo el poema, a la vez enfática (en tanto que se repite una misma estructura) y dinámica (en tanto que en cada segmento se continúa, se comenta o se niega lo que se estableció previamente).

Por último, en relación con "La palabra dicha", el poema que nos ocupa despliega una imagen lineal ("el pozo") al recordar la distribución del texto de un poema sobre la página, mientras que "la palabra dicha", una vez reconocida esa verticalidad ("labrada estalactita, grabada columna"), establece relaciones de simultaneidad, convocadas por la sonoridad que provoca su lectura.

El texto consta de 31 versos, y pueden identificarse seis segmentos claramente diferenciados, que sin embargo dudo en llamar "estrofas", debido a que no existe ningún tipo de separación física entre ellos.

Cada uno de estos seis segmentos se inicia con el mismo enunciado: "Ya escrita la primera palabra", el cual es inmediatamente seguido por un enunciado parentético que en ocasiones (1° y 4° segmentos) niega o comenta lo que parece haber sido afirmado en el enunciado inicial; en otros casos (2°, 3°, 5° y 6° segmentos) parece establecerse una secuencia sintagmática en relación con los demás enunciados parentéticos, a la vez que se establece una interpelación directa a una segunda persona gramatical (que lo mismo podría ser el lector del poema o el *alter ego* del autor, que reflexiona sobre la lectura de su propia palabra).

Aquí es necesario detenerse para observar cómo ocurre lo anterior y qué visión de la palabra escrita ofrece el texto en este poema. El carácter inicial de la frase que abre cada uno de los seis segmentos del texto está marcado por la letra mayúscula de la primera palabra, a pesar de que a partir del segundo segmento no va precedida por un punto. De ello resulta una

opción intermedia entre la separación explícita de las estrofas, marcada por el punto y aparte, y la indiferenciación total entre los seis segmentos del texto, que genera una especie de fluidez de la mirada que recorre el texto escrito, de la primera a la última línea. Ésta tampoco concluye con un punto final, lo cual, como se verá más adelante, coincide con la invitación al lector a seguir "leyendo" más allá de la palabra escrita.

La frase que inicia cada uno de los segmentos y que, por ello, aparece seis veces a lo largo del poema, constituye un sintagma que podría reestructurarse de la siguiente manera: "La primera palabra, ya escrita"; se habría invertido el orden, dejando al sujeto al final del sintagma. La frase podría ser considerada como la expresión de dos posibles enunciados, en el nivel de la estructura profunda: "Una vez escrita la primera palabra", o bien "La primera palabra ya ha sido escrita". En este último caso, la expresión inicial podría entenderse como "ya (está) escrita la primera palabra", con el verbo elidido.

Si se elige esta última opción como válida, el enunciado que aparece entre paréntesis en cada caso es un comentario o una glosa al hecho de que la primera palabra ya ha sido escrita. De ello se deduce que a ésta, la primera palabra escrita, deben seguirle otras, que son tal vez las que constituyen el poema que estamos leyendo.

Por otra parte, si se acepta la primera opción, resulta evidente que la estructura del enunciado es incompleta, pues funciona como el antecedente de un consecuente que no aparece en el texto. Entonces el paréntesis que le sigue sólo crea en el lector una mayor tensión, obligándolo a buscar en el siguiente segmento el posible consecuente de la frase, para encontrarse nuevamente con el mismo problema, formulado en los mismos términos.

Sea cual sea la estructura profunda que aceptemos como válida, el sentido de este enunciado reiterativo inicial no se agota en sí mismo, sino que requiere de alguna apoyatura semántica, en la cual, además, habrá de comentarse, bien sea el sentido de la "primera palabra", bien el de las que le siguen y que constituyen el poema.

Así, pues, el sentido más claro de este enunciado parece ser:

“Ya se ha iniciado la escritura” (del poema), y es con esta idea con la que el texto se reinicia a sí mismo sucesivamente, reinventándose de manera permanente, sin afirmar nada más que la constatación de su propia inauguración por la palabra escrita (y por el lector que la descubre).

A todo ello debe añadirse que el enunciado inicial de cada segmento cumple también una función autorreferencial, pues al escribir que está “escrita la primera palabra” puede pensarse que la palabra aludida es “Ya”, con lo cual la función de este enunciado puede ser, de manera paradójica y en distintos niveles de lectura, a la vez referencial y metalingüística.

¿Cuál es, entonces, la función de los enunciados parentéticos que acompañan al enunciado inicial? Puede pensarse que se trata de establecer con el lector una comunicación metatextual, como espacio de reflexión sobre el texto, a la vez que tales enunciados constituyen su propio cuerpo. (Podríamos reformular lo anterior, diciendo que, debido a la menor carga alotrópica de la estructura profunda de la primera opción ofrecida líneas atrás, la frase inicial deberá leerse como “una vez escrita la primera palabra”, a pesar de que la apódosis predicativa que debería establecer una relación hipotáctica con ella ha sido sustituida por un enunciado parentético. El lector puede encontrar suficientes elementos isotópicos en relación con el sujeto de la prótasis para desentenderse del anacoluto y reconstruir, en el nivel semántico, un orden que la estructura sintagmática parece negar. Asimismo, podría hablarse de una relativa anaforización del enunciado protáctico, lo cual contribuye precisamente a mantener la isotropía discursiva).

A continuación se propone una lectura crítica del poema, siguiendo el orden secuencial de la escritura.

En el *primer* segmento, el enunciado parentético cumple una función predicativa en relación con el sujeto del enunciado inicial. La primera palabra escrita —y en general, la palabra fija sobre un papel, pero también la palabra como artefacto con un significado predeterminado— no es nunca la que fue pensada (intuida, imaginada, deseada) por el poeta. Encontramos, pues, estas oposiciones:

la palabra pensada / la que (la) contradice
la que dice / la que no la dice

Ambas oposiciones se resuelven en la afirmación final: "sin decirla, está diciéndola".

En este juego de oposiciones y negaciones, el enunciado final exhibe dos sentidos distintos de la palabra *decir*: como término opuesto a *escribir* ("sin decirla", es decir, escribiéndola) y como sinónimo de *expresar* ("está diciéndola", es decir, la expresa). Este uso no literal del término *decir* se puede connotar al reconocer la conjugación empleada, pues la expresión previsible "la dice" es sustituida por la construcción "está diciéndola", que en este contexto resultaría menos probable que aquélla.

Así, aunque la palabra escrita (sea o no la primera del poema) no es la palabra pensada, sino que la contradice, sin embargo, también es capaz de expresarla. En "La palabra dicha" este problema se resolverá de una manera mucho más compleja, pues la palabra escrita, "blanca como la página, se levanta" y "anda sobre un hilo tendido del silencio al grito", y sin embargo, "lo que dice no dice lo que dice".

El *segundo* segmento del texto, después de la frase inicial, abre el paréntesis con una numeración igualmente inicial ("uno, dos, tres"), que se continuará en el siguiente segmento parentético.

Por lo pronto, se nos ofrece una imagen del poema que está siendo escrito. Después de escribir la primera palabra, cuando el poema ya ha sido iniciado (como el día, cuando "está arriba el sol"), como si se hubiera arrojado un guijarro al fondo de un pozo (imagen vertical del poema que es escrito sobre la página en blanco), la voz del texto se dirige a un "tú", al lector de la palabra escrita, quien ha leído la primera y mira hacia el fondo del poema, "como un sol atónito", asombrado ante aquello que descubre en él, que es su propia imagen reflejada sobre la página, "tu cara en el centro del pozo".

Aquí, la función interpretativa del "tú" consiste en recordar que si la palabra escrita logra expresar lo que cruzó por la mente del poeta, es gracias al lector, a ese "tú" que, atónito, contempla el proceso mismo de la escritura. Y cabe añadir que

ese "tú" al que se interpela puede ser el mismo poeta, el cual, al desdoblarse y contemplar la imagen que le devuelve el poema, queda atónito, igual que cualquier lector.

En el *tercer* segmento, una vez reiniciado el poema —con la rememoración de la primera palabra— se abre un paréntesis con la numeración que parece continuar la iniciada en el segmento parentético anterior ("cuatro, cinco"), seguida de un comentario que también es la continuación del anterior en el tiempo de la lectura y en el espacio de la página.

Si escribir o leer sobre la página la primera palabra de un poema es como dejar caer una piedrecilla sobre un pozo, y si leer o escribir las siguientes palabras es como esperar al momento en el que habrá de llegar al fondo (al expresar lo que pasó por la mente del poeta), se trata entonces de la distribución tipográfica sobre el papel ("cuenta la cuenta vertical de la caída"). Se trata de una caída porque responde a una fuerza natural, la necesidad de expresión (dejar caer la piedrecilla, escribir) y de comunicación (ver la propia imagen "mientras cae" la piedrecilla, leer). La cuenta es esta espera, la intención, la esperanza de establecer un contacto, de crear un sentido, de ver de otra manera.

En el *cuarto* segmento, después de recordarse la escritura de la primera palabra, el paréntesis vuelve a incorporar un texto que cumple una función predicativa en relación con la frase inicial (como en el primer segmento del poema), y por ello se retoma el tono impersonal.

Aquí se afirma que hay otra palabra, una "anterior a la caída y a la cuenta", anterior a la poesía y su escritura. El poeta no sabrá lo que habrá de ocurrir con su palabra escrita al ser leída por cualquier "tú" (él mismo, cualquier otro lector), pero sí puede pensar en la existencia de una palabra anterior a la escrita. Esta palabra puede ser, respectivamente:

- a) la palabra antes de ser escrita, la palabra *pensada*,
- b) la palabra antes de ser poesía, la palabra *cotidiana*,
- c) "la palabra antes de la caída", la palabra *divina*.

Esta palabra está "abajo", en el fondo del pozo, "sostiene al rostro, al sol, al tiempo sobre el abismo".

En el *penúltimo* segmento, el texto parentético retoma la cuenta, pero sin principio ni fin, como una cuenta inacabable. La reinstalación de la segunda persona gramatical asume el tono de un futuro oracular ("verás...") en el que el lector habrá de ver, al caer la piedra al pozo, al mundo, a *sí mismo* y al lenguaje; será capaz de ver que todo, después de un momento de extrañamiento ("tu rostro roto", "un sol que se dispersa"), sigue siendo lo mismo ("verás el mismo rostro, el mismo sol, fijo sobre las mismas aguas"). Así, tal vez sólo ha aprendido a ver de manera diferente, gracias al deseo de ver "la piedra entre las aguas rotas".

En el segmento *final*, "ya escrita la primera palabra", se encuentra una combinación para seguir la cuenta, para continuar la búsqueda del sentido más allá de las palabras escritas ("sigue"). Así, tal parece que sólo cuentan las palabras que permiten la espera, la expresión, la poesía, pues entre ellas no hay nunca "más de la cuenta"; la expresión poética es económica y funda su sentido en las palabras exactas que la constituyen, y a la vez, las únicas palabras que cuentan son las poéticas, o bien, toda palabra significativa es poética o puede formar parte de la poesía ("no hay más palabras que las de la cuenta"). Con ello no sólo se alude a toda palabra escrita, sino que se anuncia la palabra dicha y se recuerda que la última palabra la tiene el lector, según lo que haga, por su cuenta, con la palabra escrita.

El poema, pues, es una invitación a leer en la poesía un sentido que se encuentra más allá de la palabra escrita, aunque es a través de esta escritura como el poeta expresa su pensamiento (primera estrofa); al leer el poema, el lector inicia un recuento del mundo exterior, del cual él mismo es el centro (segunda estrofa); la esperanza del lector (compartida por el escritor) radica en esta espera, en esta posibilidad de reconocer su propia imagen en la palabra poética (tercera estrofa); esta palabra, ya escrita, es diferente de la palabra cotidiana, pensada o sagrada: es como un guijarro que cae sobre el pozo tipográfico de la página en blanco, fija y móvil a la vez (cuarta estrofa);¹ en

¹ Al comentar esta estrofa, señala John M. Fein: "Esta colisión de acción con inmovilidad, de lo temporal con lo permanente, y de la fragmentación con la

este proceso, el lector aprende a reconocer los elementos de la realidad familiar (el sol, su rostro, una piedra) de manera distinta de la convencional y como señales de otra cosa (el mundo, el lenguaje, él mismo) (quinta estrofa); por último, al concluir la lectura del poema, el sentido de éste continúa más allá del final, justamente por estar escrito con las palabras precisas.

“La palabra escrita” es a la vez creación y reflexión, la imagen del proceso creativo y su fragmentación. Por su tema y estructura, está más próximo al espíritu de *Los hijos del limo* que al poema complementario, “La palabra dicha”. Sin embargo, al concluir este último se expresa la necesidad del silencio para lograr la riqueza de sentidos que ofrece, de manera intransferible, el proceso de la lectura (“inocencia y no ciencia: para hablar aprende a callar”).

“La palabra escrita” es un poema inacabado e inacabable. En su brevedad, es un espléndido ejemplo de la capacidad de evocación y síntesis en la escritura de Paz. Escrito de modo paradójico y sugerente, es representativo de la poesía contenida en *Salamandra*, sin duda “el más rico en posibles interpretaciones” (Fein 49) de toda su producción literaria.

La palabra escrita

Ya escrita la primera
palabra (nunca la pensada
sino la otra —ésta

que no la dice, que la contradice,
que sin decirla está diciéndola)

Ya escrita la primera
palabra (uno, dos, tres—
arriba el sol, tu cara
en el centro del pozo,
fija como un sol atónito)

Ya escrita la primera
palabra (cuatro, cinco—
no acaba de caer la piedrecilla,
mira tu cara mientras cae, cuenta

la cuenta vertical de la caída)
 Ya escrita la primera
 palabra (hay otra, abajo,
 no la que está cayendo,
 la que sostiene al rostro, al sol, al tiempo
 sobre el abismo: la palabra
 antes de la caída y de la cuenta)
 Ya escrita la primera
 palabra (dos, tres, cuatro—
 verás tu rostro roto,
 verás la piedra entre las aguas rotas,
 verás el mismo rostro, el mismo sol,
 fijo sobre las mismas aguas)
 Ya escrita la primera
 palabra (sigue,
 no hay más palabras que las de la cuenta)

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- FEIN, JOHN M. "Salamandra: The Subject Itself." *Toward Octavio Paz. A Reading of his Mayor Poems*. Lexington: The University Press of Kentucky, 1986. 41-63.
- PAZ, OCTAVIO. *Salamandra*. 5ª ed. México: Joaquín Mortiz, 1984.